





EL VÉRTIGO DE MARÍA  
2000 AÑOS DESPUÉS



C. J. Seade

EL VÉRTIGO DE MARÍA  
2000 AÑOS DESPUÉS



Primera edición: enero de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© C. J. Seade

ISBN: 978-84-18097-64-5

ISBN digital: 978-84-18097-65-2

Depósito legal: M-1370-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi familia y a mis amigos,  
por el significado y relevancia que le dan a mi mundo.*



La mente intuitiva es un don sagrado  
y la mente racional es un siervo fiel.  
Hemos creado una sociedad que honra al siervo  
y ha olvidado el don.

Cita atribuida a ALBERT EINSTEIN



## 2.000 AÑOS DESPUÉS

—Entiéndelo de una vez por todas, José..., porque no voy a repetirlo —María, aún sin concluir la punzante contracción que la obligará a emitir una voz apretada y a rasgar los ojos hasta trocarlos en puntas de lanza, le advertirá reciamente a su esposo—: ¡Podrá estar grabado sobre piedra o escrito con sangre en la mismísima Biblia, pero de ninguna manera tendré a mi hijo rodeada de animales!

Y en ese mismo paraje e instante, cuando la mujer que concibió siendo virgen revele la raíz de su profunda molestia, se silenciará el sonoro zumbido a alas de colibrí magnificado que los va a estar escoltando...



## EL VÉRTIGO DE MARÍA

María estudia con avidez el espeluznante resultado de su tercera prueba de embarazo. A estas alturas de su vida, no tiene ni la más remota posibilidad de imaginar que algún día discutirá con el hombre que le arranca el aliento con solo mirarlo para que desista de hacerla dar a la luz entre un establo. Estando exactamente a siete meses de la próxima madrugada del 25 de diciembre, sus aflicciones son de otra naturaleza.

Todo empezó con un simple retraso en su periodo; nada del otro mundo. La tardanza pasó de días inofensivos a semanas más bien complejas. Varias náuseas fueron apareciendo hasta que le sobrevino el primer vómito. Tan solo esperó a reponerse de las fuertes arcadas para ir a practicarse una prueba de embarazo rápida, aunque nunca dejó de parecerle una tremenda locura. Entró en uno de los baños públicos del centro comercial donde había comprado el aparato y en él colocó la muestra de orina necesaria. Su temor a abrir los ojos encontró total fundamento en el desconcertante resultado que el artefacto arrojó, llevándola al punto de hacerla sentir que el tuétano de sus huesos se le derretía. Comenzó a jadear y abrió la puerta del cubículo metálico en busca del aire fresco que no encontró. Para su fortuna, alivio y consuelo, el sentido común vino en su rescate. Luego de pensarlo mucho mejor, el resultado le pareció inverosímil e inofensivo;

seguramente un burdo error atribuible al dispositivo que había comprado minutos atrás.

Para aniquilar la causa de su sorpresa, de inmediato tomó la precaución de ir a una farmacia distinta, más acreditada, y comprar un artefacto similar al primero, pero de una marca más reconocida y de precio superior. En esta ocasión realizó todo el proceso en la privacidad de su habitación. Cuando finalmente verificó, por todas las vías posibles, que había seguido al pie de la letra las instrucciones y que desde el principio siempre había interpretado bien los resultados, la absurda lectura gráfica la situó en medio de una gigantesca y fértil plantación de dudas. Seguidamente, comenzó a cosechar una gran colección de entresijos carentes de contradicciones, aumentando su incertidumbre de manera exponencial. Así que, dispuesta a no doblegarse ante el hecho, decidió aferrarse a un hilo muy fino de cordura y atribuyó la menguada confiabilidad de los aparatos a un grave trastorno hormonal capaz de alterarlos en su correcta funcionalidad.

Se abrió entonces una especie de camino mental que la condujo a practicarse un examen de sangre en un laboratorio clínico. Esta sería la prueba definitiva y concluyente. La misma con la que ansiaba desterrar el riesgo de los riesgos y la madre de todas las dudas, la que le devolvería los colores a su alma y el alma misma al cuerpo. Sin embargo, al descubrir en el resultado la confirmación de la reconfirmación, únicamente le cupo entre pecho y espalda una minúscula gota de aire que le sirvió para darle alas al tenue suspiro de consternación que sin querer se le escapó.

El contenido de la nota se le manifiesta, a la vez, perturbador, decepcionante y retador. Sus desteñidos caracteres le encajan una desmedida e intrigante amenaza, tan bienvenida como lo puede ser una sentencia de muerte con orden de ejecución perentoria. Ya no sabe qué más pensar porque se le agotaron los recursos, salvo aceptar, sin realmente comprender, lo supuestamente obvio.

«Es cierto. Estoy embarazada», admite en medio de un terrible desgobierno de los sentidos. Qué extraño e inquietante le resulta conocer la evidencia irrefutable de que han estado jugado con su cuerpo, pero sin estar consciente de ello. «¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién pudo... abusar de mí, utilizarme, sin que yo me diera cuenta? Nooo».

La muchacha vuelve a devorar con sus ojos enrojecidos cada línea del desvaído trozo de papel reciclado que le reporta su muy particular condición. Y de la nada se le dispara el reflejo que la impulsa a lanzar un sonoro latigazo al aire con el continente de tan absurda certificación. Es que su mente adolescente es incapaz de forjar las palabras apropiadas para darle algún tipo de calificativo, siquiera medianamente aproximado, a su nuevo estado. Todavía, por más que se devane los sesos y se interne en los rincones más insondables de su vasta imaginación, le es imposible comprender cómo pudo quedar encinta si ella jamás ha tenido relaciones íntimas con hombre alguno. Es cierto, es virgen, ¡no las ha tenido! «¡Jamás las he tenido! ¡Cómo me pudo suceder!».

Y acicala su larga cabellera con los dedos de sus manos temblorosas para terminar halándola con fuerza, como si con ello fuese a arrancar de su cabeza lo inexplicable.

«¡Quién pudo hacerme esto!».

Se siente ultrajada, asaltada en su inocencia y enteramente manipulada. Se aprecia a sí misma expuesta, vulnerable e indefensa ante algo o alguien que puede amenazarla, tomarla por sorpresa y someterla sin ser capaz de verlo venir o de generar en ella el más tenue grado de alerta.

El desgaste emocional que experimenta María pasa enteramente inadvertido a todo lo largo y ancho del día que, expuesto al intenso escrutinio de los ojos modernos de la humanidad —los audaces e implacables medios de comunicación—, resulta coronarse como el más trivial de principios del siglo XXI. ¿Qué valor periodístico, salvo por engrosar los registros de las estadísticas, podría otorgársele al vértigo de una menor embarazada más? Sí, una más de entre las

tantas que conciben a diario, como si de hornear pan se tratara, en medio de una jornada infectada por la resonancia cavernosa de los intrascendentes acontecimientos noticiosos a escala mundial. Realmente parece no tener relevancia alguna que las exquisitas mejillas de la jovencita, descoloridas pasajeraamente por la magnitud de tan indócil contrariedad, se le maceren profusamente entre los manantiales cristalinos que brotan sin cesar y sin control desde los contornos irritados de un par de estrellas pintadas con un rarísimo color verde-extremo.

María atraviesa por el momento más desconcertante de su corta existencia. La cabeza no le da para entender cómo un embarazo, algo tan propio a una mujer, tan importante y natural, tan elemental y básico, siembre en ella toda clase de dudas insensatas e interrogantes sin atisbo de respuesta. La imposibilidad de descifrar racionalmente el trance que la ofusca le impide entrever el más mínimo trazo de solución a algo que a todas luces debería ser lo más obvio del mundo: *mujer + hombre = bebé*. María comprueba la veracidad de esta fórmula milenaria, aparentemente irrefutable, incontables veces en su mente agobiada por exceso de trabajo improductivo. Ante la ausencia de claridad y de cualquier asomo milimétrico de lógica, las ansiedades se le engruesan con el gran festín de inquietudes del que aquellas se alimentan. Y se pregunta a sí misma en qué parte de este embrollo se perdió o si existe alguna otra verdad arcana sobre la procreación que aún desconoce. «No, no».

Así que, por el momento, tras concluir una demandante rutina de malabarismo mental, María debe conformarse con la nueva composición de la fórmula que le raya la razón: *mujer + ¿? = bebé*. Y se ve obligada a convivir en un fatigoso espacio con esa gran incógnita que se le torna en el obstáculo imposible de salvar.

## 2

### BARCO A LA DERIVA

¿Qué explicación coherente les daría a sus padres?

Más importante aún, ¡qué cosa creíble podría decirle a su novio, José, quien le había ofrecido su amor generosamente, haciéndole evidente todo su deseo por ella! Él, a cambio, había recogido una promesa inquebrantable de amor genuino, aunque, según las resistentes palabras de María, debería aguardar pacientemente hasta casarse antes de que ella se le entregase como mujer.

De esta manera la hermosa muchacha batallaba por conciliar todo aquello que sus padres le habían inculcado desde muy pequeña con el enorme océano infestado de hormonas, ferozmente alborotadas, por el que navegaba a la deriva en compañía de su novio. Si bien este pretendía hacer las veces de capitán, la única que siempre lograba reunir el suficiente coraje para evitar el naufragio en medio de la frenética tempestad era María, pues solamente la colisión del imperio de su voluntad contra las enardecidas aguas que agitaba José conseguía transformar el rigor del oleaje en mansa espuma. Del tema ya habían hablado en varias ocasiones con bastante naturalidad, con el corazón supremamente agitado, es cierto, aunque siempre, en medio del bochorno, intentando conservar parte de sus emociones frías. Al menos eso era lo que ella se proponía, porque María sufría las febriles palabras de José como si fuesen devastadores arietes agrietando robustos portones, estremeciendo los soportes más

resistentes, haciendo mella, poco a poco, en la rigidez del código que se iba transformando en deseo cuando el volumen de la espuma comenzaba a disminuir en tanto recobraba su condición de cuerpo de agua. Pero, aun así, María trataba de contenerse a punta de convocar los dictados, cada vez más incómodos y pesados, que arrastraba su razón...

—Calla, José... Cállate.

—No. Escúchame, María.

—Por favor, José... —las palabras de María se iban ahogando en la humedad de la boca del joven carpintero para luego enterrar su cabeza en el pecho bien formado del hombre que la trastornaba. Sin embargo, ella le advertía que no se trataba de un juego y que tuviera mucho cuidado con sus palabras y acciones.

—Sabes muy bien que yo no estoy jugando. Te amo. No deseo lastimarte sino amarte sin límites, sin fronteras.

—Lo sé. Y yo te amo como a ninguna otra persona en el mundo. Esto que siento por ti es... complicado e irracional. ¡No es justo!

—Mírame —José la apartó con sus brazos, la sostuvo con fuerza y procuró clavar su mirada irresistible y penetrante en los inusualmente esquivos ojos color verde-extremo de su novia.

—Date cuenta de que ya no puedo hacerlo más, José —le contestó María con el corazón a punto de reventarle el pecho—. ¡Ya no!

—¿Por qué?

—Porque mirarte no me pone a salvo. Eres un peligro ambulante. Suéltame.

—¿A salvo de qué?

—Pues de ti, de tus intenciones. Ahora suéltame, porque estoy a punto de golpearte. Hablo en serio —y trató de acomodar, como mejor pudo, un rostro amenazador que concordara con sus palabras—. Más te vale que no me provoques —previno a su novio.

—¿Pero qué estás diciendo? —José ignoró la advertencia de María y continuó sujetándola, pues ella realmente lo quería a su

lado y él así lo percibió—. Ni que yo hablara con mis ojos... Ese es tu campo.

—José, deja de hacerte el inocente conmigo. Te conozco muy bien. Además, tus ojos son para mí como un libro abierto. Antes me parecían impenetrables, pero ahora te delatan todo el tiempo. Y a través de ellos descubrí que quieres hacerme naufragar entre tus brazos para arrastrarme hasta las playas de una isla desierta, para saciar mi sed con el rocío de tus labios y para alimentarme de las ilusiones que se desprenden del reflejo de tus sentidos. Porque sabes que únicamente con eso me bastaría para vivir. Así te amo —afirmó sintiendo algo de vergüenza, sonrojándose levemente.

—Yo no...

—Tus ojos son más atrevidos que tus deliciosas palabras y me están consumiendo viva.

—María, lo dices como si hubieras descubierto a un criminal que...

—Son más hábiles que tus manos cuando trabajan la madera. Y para nadie es un secreto que eres un genio en tu oficio. Te haces llamar carpintero cuando en verdad eres un artista sin igual, excepcional. La palabra genio te queda demasiado ajustada, lo sabes. Hace tiempo superaste la maestría de tu padre y ahora intentas en vano mostrarte humilde, salvo que tu sola presencia, tus acciones, tus trabajos no hacen más que demostrar lo contrario. Te he visto crear obras de arte con trozos de madera que cualquier otra persona consideraría inútil. No puedes evitarlo. Te sale natural.

—No me digas que ya no te gusta que te mire o que te hable o que te toque.

—Me encanta. El problema es que se me hace imposible seguir luchando contra todo eso al mismo tiempo —María no pudo hacer cosa distinta a morderse el labio inferior hasta hacerlo sangrar entre sus dientes antes de pedirle nuevamente a José que dejara de insistir.

—¿Luchar? ¡Mírame! —parecía como si el olor a sangre lo hubiese tornado más impulsivo.

—¡Ya te dije que no! —María se pasó la lengua por la herida cuyo dolor fue inmediatamente anestesiado por el efecto que José producía en ella. Era obvio que ese pequeño flagelo había perdido el encanto de hacerle poner los pies sobre la tierra cuando estaba tan cerca de él.

—Solo mírame a los ojos y te prometo no pronunciar palabra.

—Tus manos...

—No te tocaré, pero necesito que me mires en este mismo instante. Hazlo ya, María —insistía el joven como si se estuviese batiendo entre la vida y la muerte. La amaba tanto que sus sentimientos se le manifestaban como una especie de dolor.

—No, José... No puedo hacerlo. ¡De qué manera tengo que decirlo!

—María —la mezcla de instinto, olor a sangre y deseo se vaciaron en las siguientes palabras del joven carpintero—, lo último que quisiera es que tu temor infundado a expresar nuestros sentimientos físicamente me impida demostrarte todo lo que te amo y se convierta en la excusa estúpida e inútil que nos contenga para avanzar en nuestra relación. Te juro que no puedo pensar en otra cosa más que en... ¡Aaaay! ¡Me pateaste! —reclamó José doblándose del dolor para sobarse con las manos la canilla de su pierna derecha.

—¿Viste que sí podías pensar en otra cosa? —María le preguntó irónicamente a su novio y, de paso, le demostró que era una mujer supremamente recursiva—. Solo tenías que esforzarte un poquito..., Romeo.

—No me llames así. Me pegaste durísimo. Eso no se hace, María —José reveló un gesto de dolor auténtico.

—¿Se te bajó la temperatura, mi amor? ¿Necesitas otro tranquilizante?

—Suficiente —respondió de inmediato antes de que su novia terminara de engatillar la misma pierna con la que lo había golpeado.

—Quiero que sepas que esa patada me dolió más a mí que a ti —afirmó María con una carcajada en tanto José parecía un niño al que le acababan de arrebatar su dulce favorito.

—¡Claaaaro! ¡Se te nota a leguas! Se supone que las personas normales, los novios enamorados como nosotros dos, no deben maltratarse ni pegarse. Lo que acabas de hacer es violencia pura al interior de la pareja. Te estás aprovechando de tu condición de mujer porque sabes que yo ni siquiera me atrevería a levantar mis manos para defenderme de ti —afirmó José fingiendo una gran decepción.

—¡Qué dramático te pones, mi pobrecito José! Mi desprotegido bebé. Considérala como una patada estrictamente terapéutica. Pero ya que por fin logré captar tu atención, ¿ahora sí vas a dejarme tranquila? ¿Me vas a dar mi tiempo? Te estabas pasando de la raya.

—¿Entonces vas a continuar evadiéndome? ¿Ya no vas a verme más a los ojos?

—De la manera que deseas, hoy no, José. Y, por si fuera poco, acabo de confesarte que con tu sola mirada puedes doblegarme y lo que más quiero en este momento, si de verdad me amas, es que respetes mi decisión como tu novia que soy, pero sobre todo como mujer. Porque el día que tú y yo hagamos el amor no habrá dudas ni temores que le resten magia a ese momento, te lo aseguro, mi José.

—No espero menos, María. Sé que te he presionado mucho últimamente, pero quiero que tengas algo muy claro: mi respeto hacia ti es mucho más grande que todos mis deseos juntos. Pero, por favor, ya deja de morderte el labio, ¡quieres!

—¿Te molesta?

—No... Salvo que veo tu sangre y pareces no advertir que soy un león a punto de devorarte. Me pone algo nervioso.

José sonrió y finalmente se aplacó. La muchacha logró mantener su postura y contuvo, como en otras ocasiones, las provocadoras pretensiones de su novio e hizo un gran esfuerzo para dejar de morderse el labio. Pese a todo, de manera insospechada, no consiguió prevenir el embarazo.

En este punto, de lo único que María está absolutamente segura es de que el hijo que espera no es de José y, hasta donde le llega la conciencia y le consta, de ningún otro hombre.

«¿Cómo me pudo ocurrir?».